

Conozca al Maestro

Lecciones sacadas de la toalla (Juan 13.1–17)

Durante todo su ministerio personal, Jesús estuvo profundamente consciente de un calendario celestial. Cuando su madre le pidió que obrara cierto milagro, esto fue lo que le dijo: “Aún no ha venido mi hora” (Juan 2.4). Durante su ministerio, se hizo notar varias veces que sus enemigos no podían apresarle “porque aún no había llegado su hora” (Juan 7.30; 8.20). Al llegar a los últimos días de su ministerio personal, se hace énfasis, una y otra vez en que “la hora” *había* llegado:

Jesús les respondió diciendo: *Ha llegado la hora* para que el Hijo del Hombre sea glorificado (Juan 12.23; énfasis nuestro).

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que *su hora había llegado* para que pasase de este mundo al Padre... (Juan 13.1; énfasis nuestro).

Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, *la hora ha llegado*; □... (Juan 17.1; énfasis nuestro).

Esta lección ha sido sacada de Juan 13. Jesús estaba agudamente consciente de que la sombra de la cruz se estaba haciendo cada vez más larga. A Jesús le quedaban menos de quince horas de vida. Antes de que esa “hora” llegara, Jesús tenía mucho que compartir con sus discípulos. Sus discursos en público ya habían terminado, pero en la intimidad del aposento alto, Jesús quería encontrarse con sus discípulos y conversar con ellos acerca de algunas importantes verdades. Mateo, Marcos y Lucas dieron muchos detalles respecto a tales momentos en privado, entre ellos: la preparación para la última cena, el anuncio de la

traición de Jesús, la institución de la Cena del Señor. Cuando Juan escribió después, él no repitió esta información con la cual ya se estaba familiarizado. (No hay duda de que estos eventos fueron recordados cada domingo, cuando los hermanos participaban de la Cena del Señor). En lugar de los detalles, lo que Juan registró fue el gran discurso de despedida que Jesús les dio a sus discípulos (capítulos 13 al 16), el cual fue seguido de la conmovedora oración de Jesús, pidiendo por sus discípulos (capítulo 17).

Esta sección da comienzo en un momento en el que los apóstoles no se encontraban en un estado mental, que les permitiera recibir las solemnes palabras de Jesús. Por lo tanto, el capítulo 13 da comienzo con la historia de cuando Jesús les lavó los pies a los discípulos, cuando les enseñó “las lecciones sacadas de la toalla”. Los discípulos tenían necesidad de estas lecciones para así estar preparados para el desafío que Jesús les presentaría. Usted y yo también necesitamos de estas lecciones para estar preparados para el desafío que Jesús nos presenta hoy día.

LA LECCIÓN DE LA HUMILDAD (13.1–5)

Jesús tomó una toalla

Juan 13—17 gira en torno al tema del amor. Son treinta y una veces las que se menciona el amor en estos capítulos. Juan 13.1 sirve como una introducción para todos estos capítulos, como también, para una introducción a la historia de cuando Jesús les lavó los pies a sus discípulos:

Antes de la fiesta de la pascua [Jesús murió durante esta festividad] sabiendo Jesús que su

hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había *amado* a los suyos que estaban en el mundo, los *amó* hasta el fin (énfasis nuestro).

Si usted amara de la forma como Jesús nos enseñó a amar, usted haría cosas que, de otro modo, nadie podría pagarle para que las hiciera.¹

El versículo 2 inserta una nota en el sentido de que al momento de esa cena, el diablo “ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase”. ¿Por qué fue dado este detalle en este punto de la narrativa? En unos pocos minutos Jesús estaría lavándoles los pies a todos los discípulos —incluyendo los pies de Judas. Cuando veamos a Jesús lavándole los pies a Judas, recuerde que ¡lo hizo con pleno conocimiento de lo que Judas planeaba hacer!

El versículo 3 dice que Jesús hizo estas cosas “sabiendo... que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba”. Jesús pudo ser un siervo porque él sabía de dónde era que había venido, sabía quién era y adónde iba. En las filminas Breechen-Faulkner sobre “Enriquecimiento del Matrimonio”, se recalca que un hombre que está seguro de sí mismo y que sabe quién es él, puede llevar la basura afuera. Por otro lado, los que están inseguros de sí mismos se sienten rebajados al hacer tareas tan humildes. Jesús sabía quién era él, así que, pudo ser un siervo.

“Jesús... se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó” (vv. 3a–4). Jesús y sus discípulos no estaban sentados tal como los pinta DaVinci en su obra maestra, *La Santa Cena*; no estaban sentados en sillas de respaldo, detrás de una larga mesa para cenar. En lugar de ello, estaban acostados sobre su lado izquierdo sobre una delgada estera o alfombrilla, apoyados sobre su codo izquierdo,² comiendo con su mano derecha.³ Ellos arrancaban pedazos de pan, los remojaban en los platos que tenían ante ellos, y luego se los metían en sus bocas. Cuando usted se imagine esta escena en su mente, vea a Jesús y a los doce acostados en fila, alrededor de una mesa baja, sus cuerpos cercanos unos de otros,⁴ ¡con los *pies*

de cada uno no lejos del *rostro* del hombre de a la par! Fue en ese escenario que Jesús se levantó de la mesa y se preparó para lavarles los pies a los discípulos.

El lavar los pies era un elemento esencial de la escena social de aquel tiempo. Cuando a uno lo invitaban a cenar, lo normal era que uno se diera un baño y luego se dirigiera a la cena, limpio, desde la cabeza hasta los pies. No obstante, los caminos de Palestina estaban sucios, llenos de deshechos (recuerde que los animales usaban las mismas rutas). Si había llovido, los caminos estaban, además, llenos de lodo. Dado que todos usaban sandalias, cuando el invitado llegaba a la casa del anfitrión, él todavía estaría limpio de la cabeza hasta por debajo de las rodillas, pero sus pies y tobillos estaban, por lo general, sucios. Un buen anfitrión mantenía un gran recipiente con agua, a la entrada de su casa, junto con un frasco, una palangana y varias toallas.⁵ Cuando uno entraba a la casa, uno se quitaba su calzado,⁶ y alguien le lavaba sus pies. Lo normal era que esto lo hiciera un esclavo, pues se consideraba que era la más degradante de las labores. Era tan rebajante que un esclavo hebreo no podía ser obligado a lavar los pies de los invitados; sólo a los esclavos gentiles se les podía ordenar algo así. Si no había un siervo que les lavara los pies a sus invitados, un buen anfitrión lo hacía él mismo. Si no había anfitrión (tal como en el caso del aposento alto), los invitados se lavaban los pies unos a otros. Era impensable el reclinarse a comer con los pies inmundos.

¿Por qué entonces, estaban los discípulos alrededor de la mesa con sus pies sin lavarse? Lucas nos dice que cuando comían, “hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor” (Lucas 22.24). ¿No le parece oírlos? Andrés dice: “¡Yo fui llamado primero!”. Juan dice: “¡Yo soy el favorito!”. Judas dice: “¡Yo soy el tesorero!”. Pedro dice: “¡A mí se me dieron las llaves del reino!”. El aposento estaba lleno de corazones orgullosos y de pies sucios. Estaban dispuestos a pelearse por un trono, pero no por una toalla. Así que, allí estaban, reclinados, ¡cada uno con la cara

¹ Se pueden agregar ilustraciones personales, tales como el cuidar de alguien que está enfermo o el cuidar de un padre anciano. ² Dado que más adelante hago una demostración de las acciones de Jesús al lavar los pies de los discípulos, esto es lo que hago notar en este punto de la lección: “Había considerado hacerles una demostración de esta posición, pero luego decidí no hacerla. ¡Es probable que pueda acostarme, pero me temo que no me pueda poner de pie nuevamente!”. Por otro lado, un maestro joven, ágil y vigoroso puede querer hacer la demostración de cómo es que esta posición de reclinatorio lucía. ³ Literalmente comían con su mano derecha, pues no usaban utensilio para comer. ⁴ El discípulo “al cual Jesús amaba” (Juan) es aquel de quien se dice que “estaba recostado al lado de Jesús” (Juan 13.23). ⁵ Podemos suponer que, quienquiera que prestó el aposento a Jesús y los discípulos, ese fue el que proveyó las comodidades usuales. Esto fue lo que Jesús les dijo a los que se adelantaron a ir a preparar el lugar para la cena: “Él les mostrará en el piso superior un cuarto amplio, *amueblado y preparado*” (Marcos 14.15; énfasis nuestro). ⁶ Esta costumbre es observada por muchos en ciertas partes de oriente y de Europa, como también en otros lugares del mundo.

llena de los pies sucios del otro!

Este es el trasfondo para estas palabras: “Jesús... se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó” (vv. 3a–4). Jesús se puso de pie y se quitó sus vestiduras exteriores, así como nosotros nos quitaríamos nuestros abrigos, y nos arrollaríamos las mangas para prepararnos para el trabajo.⁷ Luego tomó una toalla y se la ciñó. Se trataba de una larga toalla que le daba vuelta alrededor de su cintura, con un extremo colgando para secar los pies, una vez que habían sido lavados.⁸

“Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido” (v. 5). Imagínese a Jesús arrodillándose y comenzando a lavarles los pies a los discípulos.⁹ El argumento acerca de quién es el más grande se detiene; la conversación trivial se reduce; todas las voces son silenciadas. Lo único que se oye son aquellos sonidos que hace Jesús cuando lava los pies: el sonido del agua siendo vertida, el salpique de ésta en los pies, la fricción de la áspera toalla, el ruido del agua sucia siendo desechada y el agua limpia siendo vertida en la palangana, la respiración de Jesús. Me puedo imaginar a los discípulos mirándose el uno al otro avergonzados, y luego bajando los ojos con pena.

Cuando Jesús avanzaba en la fila de los discípulos, lavando cada par de pies uno a la vez, estaba enseñándoles a sus discípulos acerca de ser siervos. Esto es lo que les estaba diciendo: “¡El que quiera ser mi discípulo, debe estar dispuesto a humillarse a sí mismo!”.

Jesús no pidió nada de sus discípulos que él no estaba dispuesto a hacer. Cuando Jesús vino del cielo, él “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo,... y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo...” (Filipenses 2.7–8). Cuando hablaba de su misión, esto es lo que Jesús les decía: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20.28). Cuando los discípulos discutían acerca de quién era el más grande, esto fue lo que dijo: “Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22.27).

Nosotros también necesitamos “[tomar la] toalla”

Hoy día alabamos falsamente el concepto de

humildad; sabemos que la Biblia enseña que debemos ser humildes. No obstante, el hecho es que, la humildad no es una virtud que la mayoría de nosotros admire o desee. Las palabras “humilde” y “humillación” provienen de la misma raíz. Es probable que usted haya oído a alguien decir: “¡Nunca fui tan humillado en toda mi vida!”. A nadie le gusta ser humillado, ni apenado, ni avergonzado; pero entienda esto: ¡El lavar los pies era una experiencia humillante! El servir a otros puede ser una experiencia que lo vuelva humilde y que lo humille a uno.

A la mayoría de nosotros no nos importa el ser llamados “siervos”. Nos emocionaría si se nos conociera como “grandes siervos del Señor”. Lo que no nos gusta es ser *tratados* como siervos. En los tiempos del Nuevo Testamento, los siervos eran objeto de abuso y de mal uso. A los siervos no se les apreciaba. Después de que un siervo terminaba una tarea, ¿cuán a menudo supone usted que el amo le alababa? “¡Gracias esclavo! ¡Hiciste un magnífico trabajo, y realmente lo aprecio!”. Usted sabe la respuesta: Nunca.

¿Estaremos dispuestos a ser siervos? ¿Estaremos dispuestos a humillarnos para servir a otros? ¿Estaremos dispuestos a hacer las tareas inmundas que nadie quiere hacer? ¿Estaremos dispuestos a servir aun cuando otros no nos apoyan, aun si otros no cumplen con lo que les corresponde? ¿Estaremos dispuestos a servir, no porque otros lo van apreciar, sino porque hacer tal es lo correcto?

Esta clase de servicio es difícil. Hubo quien dijo que la humildad es el curso más difícil de tomar en la carrera del cristianismo. No obstante, Jesús quiere que aprendamos la lección de la humildad. Cuando Jesús condenó el orgullo de los fariseos, esto fue lo que dijo: “El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mateo 23.11–12).¹⁰ El mundo busca la exaltación; el seguidor de Jesús busca una oportunidad para servir.

LA LECCIÓN DE LA SANTIDAD (13.6–11)

Necesitamos limpieza espiritual

Cuando Jesús continuó en la fila de discípulos, lavándole los pies a cada uno, llegó a un par de pies tamaño 13D.¹¹ “Entonces vino a Simón Pedro; y

⁷ En mi caso, yo me quito mi saco, lo pongo a un lado, y me arrollo las mangas de mi camisa. ⁸ ¡No tengo una toalla lo suficientemente larga como para que le dé vuelta a mi cintura y todavía cuelgue un poco!... así que, simplemente meto un extremo de ella dentro de la pretina de mis pantalones, de manera que la mayor parte de la toalla pueda colgar. ⁹ Yo me hincó sobre una rodilla y le doy comienzo a la pantomima de lavar pies. ¹⁰ Véase también Santiago 4.6. ¹¹ En los Estados Unidos, el 13D es un tamaño de zapatos bastante grande. Dado que el tamaño de los zapatos es medido de manera diferente en diferentes partes del mundo, se puede sustituir con el equivalente local, para que así, los oyentes puedan entender.

Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies?" (v. 6). Pedro no podía entender por qué Jesús estaba haciendo el trabajo humillante de un esclavo.

"Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después" (v. 7). Esto es lo que Jesús le estaba tratando de decir: "Después de mi muerte, sepultura, ascensión y la venida del Espíritu Santo, lo vas a entender".

No obstante, en el momento, Pedro *no* lo entendió. Esto fue lo que le dijo a Jesús: "¡No me lavarás los pies jamás!" (v. 8a). Obsérvese el doble negativo de la frase, el cual también se da en el idioma original. En el español, así como en el griego, el uso del doble negativo sirve para *intensificar* el carácter negativo de la frase. Esto fue lo que Pedro en realidad dijo: "¡Jamás, jamás, jamás me lavarás los pies!".

Esto fue lo que Jesús le respondió: "Si no te lavare, no tendrás parte conmigo" (v. 8b). Si Pedro no se sometía a Jesús en esta cuestión, ninguno de los dos hubiera podido tener comunión.

Pedro nunca hizo nada a medias. Esto fue lo que respondió: "Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza" (v. 9). En otras palabras: "Está bien Señor, ¡dame un baño! Si eso es lo que se necesita para tener comunión contigo, ¡lávame desde la cabeza hasta los pies!".

Jesús respondió: "El que está lavado,¹² no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio" (v. 10a). Tal como se hiciera notar anteriormente, los invitados por lo general tomaban un baño antes de dirigirse a una cena. Así que, sólo tenían necesidad de lavarse los pies, para estar completamente limpios. La única parte del cuerpo de Pedro que debía ser lavada era sus pies.

Después Jesús añadió la siguiente enigmática declaración: "Y vosotros limpios estáis, aunque no todos" (v. 10b). En el texto original, Jesús había estado usando el pronombre singular "tú" (v. 8), pero en el versículo 10, usó el pronombre plural. Esta es una distinción que hace tanto la traducción al español, así como el griego original. Así que, Jesús pasó de hablarle sólo a Pedro, a hablarle a todos los discípulos. "Vosotros limpios estáis", dijo, con un gesto de inclusión, refiriéndose al cuerpo físico de ellos. Luego cambió el énfasis, de lo físico a lo espiritual, y añadió con cierto tono de tristeza en su voz: "Aunque no todos".

No es necesario que tengamos que adivinar el significado de las palabras de Jesús, pues el

versículo que sigue lo explica así: "Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos" (v. 11). La frase: "No estáis limpios todos", se refería a Judas. Tal vez, éstas fueron las últimas palabras que Jesús dijo con el fin de llevar a Judas al arrepentimiento.

No obstante, la verdad que deseo recalcar es que, cuando Jesús les lavó los pies a sus discípulos, no era por la limpieza física que estaba preocupado sino, por su limpieza *espiritual*. Esto fue lo que le dijo a Pedro: "Si no te lavare, no tendrás parte conmigo". En lo espiritual, esa declaración también se aplica a nosotros. ¡A menos que seamos lavados —en la sangre de Jesús— no tendremos comunión con él! Apocalipsis 1.5 habla de "Jesucristo... [el] que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre".

Como pecadores alienados que somos, necesitamos ser bautizados en Jesús para que así él pueda lavarnos en su sangre. Esto fue lo que Ananías le dijo a Pablo: "Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre" (Hechos 22.16; énfasis nuestro). Luego, después de que hayamos sido lavados espiritualmente, "desde la cabeza hasta los pies", podremos ir diariamente a través de lo mugroso y lo sucio de la vida. Como cristianos que somos, tenemos necesidad de continua limpieza por la mano de Jesús.

Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo (1 Juan 1.9—2.1).

Debemos aprender a ser sumisos

Podríamos hablar acerca de muchos de los aspectos que conlleva el permitir que Jesús nos limpie nuestras almas. No obstante, en el contexto, Jesús tenía algo específico en mente cuando habló acerca de lavar a Pedro. Ese "algo específico" era la *sumisión*. Si Pedro había de ser limpio, él debía someterse a la voluntad del Señor —aun cuando no le gustara, aun cuando no estuviera de acuerdo con ella, aun cuando no la entendiera.

Pedro lidió con su orgullo, así como lo hacemos la mayoría de nosotros. Jesús dijo que Pedro lo entendería más adelante. Aparentemente, Pedro, al final, entendió las lecciones sacadas de la toalla,

¹² La palabra en griego que se usa para "lavado" aquí, es diferente a la siguiente palabra que se traduce como "lavarse". De allí que en algunas traducciones se lee "ha sido bañado", con lo cual se indica cuán lavada estaba la persona.

pues esto fue lo que escribió:

Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque:

Dios resiste a los soberbios,

Y da gracia a los humildes.

Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo (1 Pedro 5.5–6).

Si usted y yo hemos de ser lavados constantemente en la sangre de Jesús, debemos vivir el estilo de vida sumiso: “Pero si andamos en luz, como él está en luz [si vivimos como a Jesús le agrada], tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia [continuamente]¹³ de todo pecado” (1 Juan 1.7).

LA LECCIÓN DE LA FELICIDAD (13.12–17)

Debemos aprender a “lavar pies”

El último pie había sido lavado, y el último dedo del pie había sido secado. Jesús estaba listo para explicar lo que había hecho y para aplicarlo a sus discípulos: “Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa” (v. 12), y les habló. Jesús puso a un lado la palangana y el lebrillo, luego se puso sus vestiduras exteriores otra vez.¹⁴ Todas las miradas estaban clavadas en Jesús; ahora tenía toda la atención de los discípulos.

Después de que regresó a su lugar junto a la mesa, preguntó: “¿Sabéis lo que os he hecho?” (v. 12b). Podrían haber respondido: “¿Qué pregunta tan extraña! Por supuesto que sabemos lo que nos has hecho. ¡Nos has lavado los pies!”. No obstante, lo que Jesús preguntaba era: “¿Sabéis *realmente* lo que os he hecho? ¿*Entendéis* lo que he hecho y por qué lo he hecho?”.

Jesús, después, dio comienzo a su aplicación: “Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis...” (vv. 13–14a). Podrían haber esperado que terminara la frase diciendo: “Debéis lavar *mis* pies”. Eso hubiera sido lo justo. Había lavado 24 sucios pies, 120 inmundos dedos, pero sus propios pies estaban todavía sucios. Era justamente lo que debían hacer ahora, lavarle los pies a él. (A la mayoría de nosotros no le importaría lavarle los pies a Jesús; es probable que formáramos una fila para ello). En lugar de ello, esto fue lo que Jesús

dijo: “Vosotros también debéis lavaros los pies *los unos a los otros*. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (vv. 14b–15; énfasis nuestro).

¿Querrá Jesús que andemos lavando pies? Puede que no sea mala idea. Podríamos escoger a algunos de nuestros amigos, y podríamos lavarnos los pies unos a otros. Un momento. Jesús dijo: “como *yo os he hecho*, vosotros también hagáis”. Judas estaba presente junto con los otros discípulos. ¿Cómo supone que le lavó Jesús los pies a Judas? Recuerde que Jesús ya tenía conocimiento de las intenciones de Judas de traicionarlo. ¡Yo me habría sentido tentado de usar agua hirviendo o agua llena de cubos de hielo! ¡Cuando le secara los pies a Judas, podría haber tratado de quitarle su piel al frotarla! No obstante, Jesús, aparentemente, desplegó el mismo cuidado amoroso con los pies de Judas que desplegó con el resto.¹⁵ El ejemplo de Jesús para mí es que yo esté preparado para “lavarle los pies” a todos, amigos o enemigos.

Así continuó Jesús: “De cierto, de cierto os digo: el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió” (v. 16). Jesús nos dejó sin excusa. Si él pudo lavarle los pies a todos, tanto a amigos como a enemigos, entonces nosotros también podemos.

Tal vez deberíamos hacer una pausa para preguntar: “¿Qué fue lo que Jesús *quiso decir* cuando dijo que deberíamos lavarnos los pies los unos a los otros?”. ¿Quiso decir que deberíamos tener ceremonias de lavamiento de los pies como parte de nuestros servicios de adoración? Hay grupos religiosos que practican esto. Cuando observan la Cena del Señor (cada cuatrimestre, o cada año, o cuando sea que lo hagan),¹⁶ tienen una ceremonia de lavamiento de pies. Los que han sido escogidos para participar vienen con los pies restregados, calzados con zapatos pulidos, llevando calcetines puestos, sin ningún hoyo en ellos. Durante la ceremonia, los que hacen el lavamiento avanzan por la fila lavando pies que están perfectamente limpios. El propósito original—lavar pies sucios—se ha perdido.

¿Es esto lo que Jesús estaba ordenando? Examine el resto del Nuevo Testamento. Examine los escritos de los primeros cristianos. Esa clase de ceremonia no se practicó nunca en la adoración de la iglesia primitiva. La única vez que usted va a encontrar que se menciona el lavamiento de pies

¹³ En el texto original, el verbo “limpia” se encuentra en el tiempo presente, el cual en el griego, indica acción *continua*.

¹⁴ En este punto me quito la toalla de mi cintura y me pongo el saco nuevamente. ¹⁵ Recuérdese que en ese momento, los discípulos no tenían idea de que Judas fuera un traidor (cf. Juan 13.28). Si Jesús hubiera tratado a Judas en forma diferente, es probable que ello se hubiera notado. ¹⁶ El Nuevo Testamento enseña que la observancia debe ser cada domingo.

en las epístolas es en 1 Timoteo 5.9–10, donde Pablo dio el requisito de las viudas que merecían ser sostenidas por la iglesia:

Sea puesta en la lista sólo la viuda no menor de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido, que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la hospitalidad; si *ha lavado los pies de los santos*; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra (énfasis nuestro).

Son varios los requisitos que se mencionan. Si vamos a tener una ceremonia de adoración relacionada con uno de ellos, entonces deberíamos tener una ceremonia de adoración que se relacione con todos. No, esto *no* es lo que Jesús quiso decir.

Si Jesús no se estaba refiriendo a una ceremonia especial, entonces ¿qué fue lo que *quiso decir* cuando dijo que deberíamos lavarnos los pies los unos a los otros? El predicador y escritor Charles Hodge estaba en lo correcto cuando dijo: “Puede ser que hayamos ganado los debates acerca del lavamiento de los pies —¡pero todavía no hemos aprendido a lavar pies!”. El lavamiento de pies era una tarea humillante, propia de un *siervo* de los tiempos del Nuevo Testamento. El equivalente del siglo veinte es estar dispuestos a *servir* a otros —sin importar quién sea, sin importar cuán desagradable resulte la tarea.

Ruth Harms Calkin escribió un poema titulado: “Me pregunto”, en el cual ella hizo una pregunta que cada uno de nosotros necesita hacerse:

Tú sabes, Señor, cuánto te sirvo yo
Con gran fervor emocional
A la vista de todo mundo.
Tú sabes cuán afanosa hablo por ti
En el club femenino
Tú sabes con cuánta efervescencia promuevo
Un grupo de convivio.
Tú sabes de mi genuino entusiasmo
En un estudio de la Biblia.

Pero ¿cómo reaccionaría yo, me pregunto,
Si me señalaras una palangana de agua
Y me pidieras lavar los callosos pies
De una encorvada y arrugada anciana,
Días tras día,
Mes tras mes,
En un aposento donde nadie me vea
Y nadie lo sepa?¹⁷

¿Habremos aprendido a servir? ¿Habremos aprendido a hacer labores de siervo, a emprender trabajos desagradables, a aceptar tareas sucias, a

llevar a cabo responsabilidades desagradables —a menudo, a favor de personas que jamás lo agradecerán, o que tal vez hasta tratarán de hacerle daño a uno? Después de que Jesús le lavó los pies a Judas, éste siempre salió del aposento alto y lo traicionó. Sin embargo, Jesús nos ha dicho a cada uno de nosotros: “¡Debéis lavaros los pies los unos a los otros!”.

Esto es lo que el mundo pregunta: “¿Cuántas personas trabajan para usted?”. Esto es lo que el Señor pregunta: “¿Para cuántas personas trabaja usted?”. Somos demasiados los que permanecemos de pie, guardando la compostura, con las manos entrelazadas, cuando lo que deberíamos estar haciendo es arrodillándonos en servicio, lavando pies.

“Lavar pies” es la clave de la felicidad

El escéptico se pregunta: “¿En qué me beneficio yo?”. El versículo 17 habla de lo que el aprender a servir hará a favor nuestro. Jesús les dijo a sus discípulos: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis”. En el versículo 12 Jesús preguntó: “¿Sabéis lo que os he hecho?”. Él supuso que lo sabían, y esto fue lo que en efecto dijo: “Serás bendecido si tu conocimiento se convierte en *acción*”. No basta con simplemente *saber* que uno debe servirles a otros; si Dios nos ha de bendecir, debemos *hacerlo*.

La palabra que quiero recalcar en este versículo, es la palabra “bienaventurado”. Es la misma palabra que se usó en las Bienaventuranzas, en el Sermón del Monte (Mateo 5.3ff.). La palabra en griego, se refiere a la felicidad interior, al gozo, y a la paz que no dependen de las circunstancias externas. Me encanta la forma como lo traduce la King James: “Si sabéis estas cosas, *felices* seréis si las hicieréis” (énfasis nuestro). El secreto para tener una grande y permanente felicidad es aprender a *servir*.

Las personas más miserables son las que quieren ser servidas. Creen que no han sido tratadas justamente, que no han recibido lo que merecen, que no tienen lo que quieren. ¡Están esperando que alguien se los dé, y se sienten miserables! Las personas que son consistentemente felices son las que no andan preocupadas por la *propia* felicidad, sino por *la de los demás*. Esta es una de las más importantes lecciones de la toalla.

CONCLUSIÓN

Es seguro que habría otras lecciones que se

¹⁷ Tomé este poema de una conferencia de Richard Rogers sobre el tema de “El desafío de la excelencia”, presentada el 4 de marzo de 1994, en la Universidad de Harding, Searcy, Ark.

podrían hacer notar, pero ninguna más importante que éstas: la humildad, la santidad y la felicidad.

Cada uno de nosotros necesita hacerse ciertas penetrantes preguntas acerca de su servicio: ¿Estaré sirviendo al Señor? ¿Estaré sirviendo a mis semejantes? ¿Estaré creciendo en mi capacidad como siervo todos los días?¹⁸

También necesitamos hacernos ciertas pre-

guntas personales respecto a la sumisión: ¿Estamos prestos a obedecer cada vez que el Señor nos da una orden, —o será posible que, como Pedro, decimos: “¡Jamás, Señor, jamás!”? Necesitamos aprender la segunda respuesta que dio Pedro: “¡Señor, haz conmigo lo que quieras. Lávame desde la cabeza hasta los pies!”.¹⁹ ¡Dios ayúdanos a aprender las lecciones sacadas de la toalla! ■

¹⁸ En un sermón, también preguntaría: ¿Estaremos convirtiéndonos en una congregación que sirve? ¹⁹ Estas palabras lo llevan naturalmente a la invitación.